

UN LIBRO DE AMÉRICO CASTRO SOBRE NUESTRA HISTORIA NACIONAL (1)

DESDE el subtítulo, este libro plantea claramente su posición. El autor arrostra la siguiente tesis: «El español se ha hecho desde dentro y a lo largo de la historia de su vivir, y no sobre supuestos *raciales*» (p. 44); lo español se le aparece «con un aspecto y una forma cuyo sentido no puedo rastrear con anterioridad al año 711» (p. 12); «la historia (de España) entre los siglos X y XV fué una contextura cristiano-islámico-judía» (p. 471). En definitiva, esta contextura y no otra cosa es la que, según Castro, da su unicidad a la historia y al carácter de España. Esta postura es una reacción contra la «abstracción de una España ya dada *intemporalmente* sobre la tierra ibérica. Creíamos que sobre aquella supuesta España cayó el accidente de la presencia indeseada de musulmanes (y de judíos), y que al marcharse éstos, España regresó a su eterno ser, después de un enojoso *intermezzo* de ochocientos años» (p. 12).

Al profesor Castro le ocurre lo que, en general, a todos los neófitos de una verdad. Evidentemente, las características del modo de ser hispánico han resultado afectadas profunda e irrevocablemente por el hecho de la reconquista y la secular convivencia, en formas de vida especiales, con moros y judíos. Lo que, sin embargo, un lector más desapasionado no dejará de notar, es que *no todas* las características de lo hispánico resul-

(1) Américo Castro, *España en su historia. Cristianos, moros y judíos*. Editorial Losada, S. A. Buenos Aires, 1948. Un vol. en 4.º de 709 páginas.

tan *únicamente* de esa convivencia. Y, sin embargo, Castro insiste explícitamente: «La España medieval es el resultado de la combinación de una actitud de sumisión y de maravilla frente a un enemigo superior, y el esfuerzo por superar esa misma posición de inferioridad...» (p. 48). «... La España cristiana no fué algo que poseyera una existencia propia, fija, sobre la cual cayese la influencia ocasional del Islam, como una *moda* o un resultado de la vida de *aquellos tiempos*. La España cristiana se hizo mientras incorporaba e injertaba en su vida lo que su enlaçe con la musulmana le forzaba a hacer» (p. 61).

Evidentemente, Castro se esfuerza en señalar el carácter agónico de todo lo español y lo portugués. Su atractiva formulación del «vivir desviviéndose», que es útil, por lo demás, para comprender tanto el modo de ser hispánico: la nota de «ausencia de pensamiento objetivable», que le sirve para caracterizar certeramente el genio mismo de la lengua (y bien lo prueba el autor con estudios sobre expresiones típicas como «anochecer pobre y amanecer rico»); el hallazgo de tanto elemento semítico bajo formas románicas, le llevan a dramatizar en absoluto cada momento de la existencia, no sólo histórica, sino cotidiana y real, del hombre hispánico.

Esta conciencia dramática de la aguda contradicción que informa nuestra vida es tan fuerte que, nos atreveríamos a decir, llena no sólo este libro, sino la experiencia misma del autor. No podemos negar un sentido profundísimo, doloroso, «trágico», de lo español a quien escribe textos como el siguiente: «Las maravillas logradas gracias a la forma hispana, se admiten sin regateo cuando su perfección alcanza límites extremos (Cervantes, Velázquez, Goya) y (subrayo al citar) *cuando no rozan la vanidad o el interés de países políticamente más poderosos*. No se reconocerá espontáneamente, por ejemplo, que la ciudad de México y algunas otras de Hispanoamérica eran las más bellas del Continente en cuanto a su prodigiosa arquitectura, pues esto obligaría a admitir que la dominación española no fué una mera explotación colonial. La deleitosa sorpresa del barón de Humboldt hacia 1800 no ha pasado a los libros o a las conversaciones de los contemporáneos; lo impi-

de, además, la inconsciencia en que España vivió respecto de sí misma y de su pasado durante el siglo XIX» (2).

Castro llega aquí a un terreno que sentimos como absolutamente verdadero. No le falta sino un paso para llegar a la razón, en el fondo, más que política, religiosa, que impone la negación de cualquier valor español cuando roza la vanidad o el interés de países políticamente más poderosos. Ese paso lo dió Unamuno en un momento de exaltación, en las páginas finales del *Sentimiento trágico de la vida*, escribiendo: «¿Acaso no fué algo, y algo hegemónico en el orden cultural, la Contrarreforma que acaudilló España...? España... ha sido la gran calumniada de la historia, precisamente por haber acaudillado la Contrarreforma.» Y en la Contrarreforma («dejemos ahora si fué mala o buena la Contrarreforma»), dijo para hacer posible su tesis) vió Unamuno el logro más pleno de nuestro pensamiento y creación.

Ahí está el fondo último de la cuestión, nos agrade o no, y aunque aceptemos como buena la salvedad de Castro (p. 22) distinguiendo entre «el imperio universal sostenido por la fe católica, tal como la sentían los españoles», y esa misma fe «como la entendía la Iglesia de Roma». Mas por ahí vamos tan lejos, que Castro, al volver la hoja, retrocede un poco asustado: «Todo ello procede de que los fenómenos máximos de la civilización española no son calculables racionalmente, sino estimables afectivamente». ¿De modo que un fenómeno máximo, como la arquitectura de Méjico, resulta que no es estimable sino afectivamente? ¿No hay aquí un escamoteo del problema, del problema que se insinuaba en la página anterior, y que es en el fondo religioso, como lo es el problema de nuestra historia, el de nuestra crisis reciente y aun la mane-

(2) Castro añade una salvedad: «Inconsciencia que no se compensa hoy con gestos retóricos de interesada política». Preferimos creerla interesada y circunstancial, y así no nos creemos obligados a polemizar ni a execrar ahora por nuestra parte la retórica. En muchos de nosotros, empezando por José Antonio Primo de Rivera, Ramiro Ledesma Ramos, Giménez Caballero, hay una no negada filialidad respecto de los creadores de una conciencia nacional, desde Menéndez Pelayo hasta Unamuno y Menéndez Pidal.

ra como el mundo ve el debatido tema español? La entraña religiosa de nuestra vida nacional se le ha descubierto a Castro ya antes en sus otros libros y trabajos, y sólo hay leve exageración en la afirmación tajante de que (p. 104) «la guerra civil (1936-39) ha sido la lucha entre la vieja religiosidad hispánica petrificada por los siglos, y un ensayo de nueva religiosidad, de creación de otro órbita trascendente, vaga y nubosa, en la cual se combinara el «me da la gana» español con un proyecto utópico de felicidad universal».

No queremos actualizar la cosa ni pisar la candente arena de lo político; pero indudablemente, y en su conjunto, la presente situación española, en cuanto es «escandalosa», resulta profundamente fiel al pasado y a la misma esencia tradicional. Razón tienen ciertos pajarracos cuando repiten que lo que más populariza en el interior al régimen es la oposición de los ambientes «democráticos», tradicionalmente opuestos a toda posibilidad española de vida. No creemos que plegarse a las exigencias de tales ambientes liberales fuera la mejor manera de que España ganara *conciencia de sí misma y de su pasado*, ni tampoco negaremos que la última razón de tales actitudes perdurables esté muy lejos de lo que Castro llama con certera fórmula *la vanidad o el interés de países políticamente más poderosos* (o «ex poderosos», añadiríamos nosotros, en algún caso, con menos diplomacia).

Mas no insistiremos en lo que puede parecer política actual, y, por consiguiente, recusable, como accidental, en una reseña, y discutamos y glosemos algunos puntos del extenso y en tantas páginas admirable libro de Américo Castro.

La tesis es sustancialmente la que antes hemos procurado extraer fielmente: apenas si España tiene para él personalidad en la antigüedad más remota, y Viriato, los numantinos, etcétera, no se diferencian gran cosa de los heroicos luchadores en cualquier parte contra la supremacía de Roma; tampoco le parece que el reino visigodo haga algo distinto que continuar la vida provincial romano-cristiana. «La vida visigótica —dice textualmente Castro— nada creó con sello inconfundiblemente español, y cuando desapareció en 711, nada existía tampoco peculiarmente francés o italiano —si no nos

dejamos seducir por espejismos retrospectivos—. En el año 1000, por el contrario, la España cristiana era ya *en lo esencial*, como en el año 1600, y se distinguía con tajante nitidez de Francia e Italia» (p. 11). Es, por consiguiente —y nos permitimos ver aquí un prejuicio de romanista en el autor—, en los años que van de 711 al 1000 cuando el genio de España adquiere sus caracteres: «el español posterior al siglo VIII acabó por labrarse una existencia conexas con un mundo trascendente, fundado en creencia y nunca en pensamiento, y a la vez encapsulada en la conciencia de su persona total y empírica. El horizonte de esas personas fué su creencia... El pensamiento estuvo casi del todo ausente de aquella forma de vida. La inquietud por lo que deba ser, por la conducta con vistas a un futuro moral, ocupó el puesto dejado vacante por la curiosidad de qué fuera el ser» (p. 13).

Castro, deslumbrado por su descubrimiento, que descubrimiento para él, y para muchos lectores, es, aunque puedan señalarse defensores, y recientes, de esta concepción (3), y convencido de que la hipótesis de la formación del genio nacional en un momento decisivo le guía para descubrir analogías profundas y explicar, reducidos a unidad, multitud de fenómenos discordantes e inconexos, incurre en un error que, con razón, critica en otros. Así, cuando censura «la creencia de haber existido una entidad *fija*, España, equiparable a una tierra casi insular», y exige, al modo de Heráclito, que el historiador se las haya con una España que, «como cualquier otro pueblo, ha sido un sujeto problemático que tuvo que ir creándose y manteniéndose mientras vivía», Castro es fiel a esto en su comportamiento mientras se trata del problemático sujeto España en los siglos VIII a XI, que antes no era sino

(3) Recordemos, en primer término, al historiador C. Sánchez Albornoz, que ya en 1928 señaló la importancia de la conquista islámica en la misma formación de nuestro carácter nacional (véase su libro *España y el Islam*, Buenos Aires, 1943, especialmente p. 38 y ss.). La crítica de este autor, como la de Castro, es demasiado *optimista* e irreverente en cuanto sueña con corregir, con adoptar todavía al módulo europeo las notas del carácter nacional.

tabula rasa, y que después se fija y perfila con una inflexibilidad que es la que, tal vez de modos distintos, nos disgusta e incomoda en la España que el autor y el lector de estas líneas y yo hemos conocido. Lo único problemático del libro es la España germinal de los siglos VIII al XI, pues todos los demás pueblos tienen un contorno fijado e invariable. Los árabes de España son árabes; los judíos de España tienen y guardan sus notas de judíos; cada raza y cada pueblo son entidades concretas, menos España, que no había señalado sus características hasta el siglo VIII.

Castro tiene razón en reclamar contra la conducta de historiadores que operan en su trabajo con espejismos retrospectivos, y al insistir sobre la fluidez de los pueblos a lo largo de los siglos, no se sale de las normas de lo justificado. Lo que ocurre es que no termina de renunciar del todo al habitual modo de pensar que él critica, y no ha llegado a heraclitizar todos sus conceptos históricos. Por ejemplo, Castro niega expresamente (p. 318 s.) que los musulmanes españoles tuvieran nada que ver con la cultura hispanovisigoda: «No se dice con rigor qué hay en el Islam español, concretamente, que no se halle en la civilización cristiana de Siria o Egipto». Responderíamos, sin ser, ni mucho menos, conocedores de la materia, que, por ejemplo, como demostró Gómez-Moreno, el arco de herradura, y valga éste como símbolo de toda la arquitectura islámica. A cambio de esta nula personalidad del Islam español, Castro da por bueno que un matemático musulmán de Persia es, ante todo, un iranio (p. 271 n.).

No es que vayamos a meternos a comparar la vieja tradición de Persia con la de la primitiva Hispania, pero es indudable que la Península no era una *tabula rasa* ni mucho menos. En Séneca hay una nunca desmentida afinidad con lo que luego va a ser el modo de sentir hispánico. Si bien no ha sido precisado en qué consiste esta afinidad, dado que el problema es imposible al conocer nosotros insuficientemente el estoicismo anterior, sirve de prueba en buena proporción la simpatía constante por Séneca y su influencia en la literatura peninsular.

El retrato de los hispanos en Justino ha sido valorado en todos sus términos nada menos que por Menéndez Pidal, y

de Tito Livio se ha podido sacar una epopeya de los hispanos que no tiene nada de retrospectiva ilusión.

Por otra parte, cabe pensar si el singular destino de España para que en ella se cumpliera con rasgos únicos una fusión de culturas romanogermanosemíticas no está prefigurado en su composición étnica primitiva, tal como ésta va descubriéndose en las más recientes investigaciones. Parece seguro, según ellas, que mientras en todo el centro y noroeste los romanos hallaron una población absolutamente indoeuropeizada, los elementos africanos, afines al camita y aun al semita, se señalen en Levante (y en forma de abundantes semejanzas de léxico en el vascuence), en Andalucía y en Portugal al sur del Tajo. Son justamente esas comarcas las que se dejan penetrar más de influencias árabes, las que permanecen más tiempo sometidas a los musulmanes, con una reconquista mucho más lenta y menos espontánea a partir de los reinos pirenaicos, y finalmente, con mayor arraigo de los grupos moriscos. Creemos poder adelantar, todavía a modo de impresión, que la afinidad camitosemítica es mayor, contra lo que se cree, en el Levante que en Andalucía. Las afinidades del valle del Betis con países más plásticos, más artísticos y ricos en formas que los desiertos y las serranías del Mogreb y Arabia, apuntan en dirección al Mediterráneo y al Egeo, y parecen confirmar las hipótesis que encuentran la lengua del ambiente tartesio menos camita que la de los iberos de Levante.

Si nos hemos detenido algo en este terreno, aún apenas desbrozado de la etnología hispánica, es para señalar que en la *tabula rasa* había ya algunas líneas trazadas, y para contradecir la postura que niega que la raza tenga importancia para comprender la historia. El autor del libro que nos ocupa parece sacrificar aquí a un ídolo hoy de moda por circunstancias no difícilmente evocables, y obedecer a una hipocresía muy de este siglo que los judíos han impuesto: ellos, que han sido maestros de racismo, niegan que la raza de los demás exista. Y así, en el libro de Castro el español no se explica sobre supuestos raciales, pero parece que el judío de la península sí. ¿Por qué? ¿Por qué los árabes traen el ingrediente definitivo de lo español, y aquí no encuentran nada, sino una postura

negativa? Pues lo español no sería, en definitiva, reduciendo a caricatura la tesis de Castro, sino la negación a ser musulmán, la cual se llena en esta resistencia de formas de vida musulmanas (y judías, a su vez, también profundamente islamizadas).

Si es verdad que la historia de un pueblo se nos aparece en su fondo como algo continuamente *in fieri*, donde lo difícil es subrayar los rasgos esenciales y distinguirlos de los accidentales, porque precisamente lo característico de un pueblo, de un individuo, es ser apenas algo sustancial sobre lo que pasan cosas o accidentes externos, sino sustancialmente un resultado, modificable por la avalancha de peripecias por la fijación más o menos durable de un complejo de circunstancias, alguna inconsecuencia hay en reducir el momento especialmente germinal y dramático del *in fieri* a los pocos siglos que van del VIII al XI, mientras que el sujeto aparece fijado y sustancializado para todo el resto de su vida, aun para la actual, que quizá al autor del libro le resulta demasiado incómodo, como muestra de ese «antagónico y enigmático vivir-morir».

Con lo que va escrito hemos señalado nuestra discrepancia y nuestro acuerdo con el autor. Aceptamos de él las notas que asigna a la historia hispánica, y nos parece, por otra parte, que en cuanto esas notas se señalan ya en la remota antigüedad (con los contrapuestos ingredientes raciales, más africanos en Levante y Tartésida que en ningún otro país europeo, según comenzamos a saber), como también en cierto modo en los escritores del 98, lejanísimos ya de la convivencia cristiano-islámico-judaica, ese carácter, continuamente modificado y modificable, continuamente semejante a sí mismo, incide en una motivación más complicada, y dentro de un ambiente que coloreó en parte la formación del Islam peninsular y nuestra judería medieval. No es que frente a Castro volvamos a la concepción fijada y estable *ab ovo* de la personalidad de cada pueblo; pero pensamos que el desarrollo del espíritu hispánico comenzó mucho antes de 711 y no quedó para siempre inmodificable desde la alta Edad Media. Los que nos empeñamos en vivir y luchar dentro de la vida española nos mantenemos, y creemos que no sólo obligados por la necesidad, en una posi-

ción más esperanzada y menos fatalista. Si esas notas invariables pesaran tanto, ante la inutilidad del esfuerzo, habría que pensar en la emigración como remedio único. Y no hemos llegado a ese grado de certeza sobre la invariabilidad de las notas nacionales, por muy acertadas que sean, como lo son, las observaciones de Castro bajo el título, tan significativo, de «España, o la historia de una inseguridad».

Largo sería enumerar los epígrafes y temas que toca el libro de Castro. No resistimos, sin embargo, a la tentación de recoger algunos, aun a riesgo de incurrir en cierta sequedad. Lo que al lector no conocedor del libro de Castro le parecerá escueta línea temática, a quienes lo hemos leído nos sirve para evocar una procesión de consideraciones y observaciones siempre agudas y brillantes, y de las que, si muchas veces discrepamos, no podremos nunca afirmar que estén hechas con antipatía ni falta de amor.

«Vivir desviviéndose» es una nota que Américo Castro señala desde el siglo XV en nuestra historia. La aguda conciencia de lo que es España y de lo que no es se traduce en una angustia «algo así como si el río no cesara de preguntarse si sus aguas van realmente por donde deben discurrir» (pág. 39). Es verdad que tal crítica ha perdurado siempre en las almas mejores, y, casi ayer mismo, José Antonio Primo de Rivera la dió expresión profunda en su «amamos a España porque no nos gusta», dejándose penetrar de esta inquietud hasta un grado que preocupó a algunos de sus compañeros.

Esa crítica, que se traduce elevadamente en el «vivir desviviéndose» de nuestra historia, no es sino la expresión de un modo de ver ajeno a los módulos de valorar en Occidente. Castro acepta valientemente esta unicidad de España, en términos que rebosan sinceridad y afán de comprensión: «Hay que aceptar —dice, página 40, refiriéndose a los caracteres de nuestro pasado y de nuestro presente— la plenitud de lo dado, con su grandeza y con su miseria, pensando en la trabazón de ambas. Nada realmente universal en la civilización de España existiría —desde el *Poema del Cid* hasta la música de Falla— si España se hubiera incluido en el círculo de la cultura racionalizada y de la prosperidad material y pacífica.» Muy

exactamente afirma Castro (pág. 44) que como historiadores —y por nuestra parte diremos que aún más vitalmente que como historiadores— «lo que nos importa es lo que el español es y ha conseguido, logros indisolubles de sus desdichas y fracasos. Rebelde a la ley y a cualquier norma estatal, el español fué dócil a la voz de la tradición y al imperativo de su persona absoluta. De no haber sido así, la Península se habría convertido en una prolongación de Africa, o en una extensión de Francia o quizá de Inglaterra. El español se aferró a sus creencias legendarias, religiosas y artísticas como ningún otro pueblo europeo; se encastilló en su propia persona, y de ella sacó arrojo y fe para erigir un extraño e inmenso imperio colonial que duró de 1500 a 1824... El español no se dejó unificar mediante razones, conocimientos y leyes, sino a través de mitos y creencias».

Pues bien; es ese carácter nacional, a nuestro juicio muy exactamente definido, el que para Castro resulta de la convivencia que es la Reconquista misma. El estudio de las palabras de origen árabe en español es hecho por Castro con originalidad al añadir, a las listas de palabras más o menos conocidas, ciertos calcos semánticos. Castro tiene mucha razón en explicar como pseudomorfosis el sentido de «fuente» que en español (y portugués y catalán) puede tener la palabra *ojo* en expresiones como *Ojos del Guadiana*, de modo semejante *sombra* (*dar sombra, tener buena sombra*), *palacio*, con significación de habitación, cuarto de una casa; *vergüenza*, como «honor» en la frase *tener vergüenza, hombre de vergüenza*; de la misma manera, *nueva* adquiere los sentidos del árabe *huñiz*, «narración». Por este camino, en el que muchos romanistas temerán seguirle, Castro supone en *hijodalgo* un arabismo, donde el extendido uso de la palabra *hijo* en árabe conviene con la significación del derivado (así, árabe «hijo de la riqueza» = «hombre rico», «hijo de la noche» = «ladrón», etc.), y ese *algo*, que aparece como segundo elemento del compuesto, no tendría que ver con *aliquod*, sino como *al-jom* «el quinto», especialmente el quinto, que corresponde a Dios y al Profeta. Paralelos como la traducción de la Biblia del siglo XIII de *Misericordia Dei* (II Reyes, 9, 3), por *algo* y otros textos también

aducidos por Castro del español y del portugués, dan desde luego que pensar.

Semejante pseudomorfosis es la que señala para *infante* en el sentido de «príncipe».

La peculiaridad de Cataluña resulta reflejada en una menor proporción de arabismos, si bien éstos no faltan.

La vida hispánica quedó influenciada por la islámica, y Castro recuerda algunos usos que, aun a veces olvidados por la costumbre posterior, vienen a probar cuán profundamente lo estuvo: el baño, el lavado ritual de los muertos, taparse las mujeres el rostro y sentarse en el suelo, y mil fórmulas de cortesía que aún perviven en nuestra lengua conversacional a ambos lados del Atlántico. También nuestro catolicismo, la religión popular española, está indudablemente matizado por esa convivencia con el islamismo.

Castro, llevado de estas ideas, exagera un tanto y se olvida del tema del libro para lanzarse en la Página 101 y siguientes a consideraciones que, difícilmente relacionables con la convivencia islámico-judaico-cristiana, se salen del libro para convertirse en amarga experiencia personal. Pero verdad es que, como él escribe, «la historia política de España y Portugal, lo mismo que la de Ibero-américa, ha sido una serie no interrumpida de ilusiones y desencantos, superpuestos como un halo mágico a la prosa del vivir diario». Ello es nota de la historia hispano-portuguesa y de ninguna otra. Ha resultado así la historia peninsular, por muchas causas, y seguramente que no sólo por esa convivencia hispano-islámica.

Las páginas que en el libro siguen arrostran una posición arriesgada. Castro, desde lejos y con su temperamento brillante y un tanto extremado, lanza una especie de *credo quia absurdum*, se pone a preferir en materia de historiografía compostelana al buen don Antonio López Ferreiro contra ortodoxos más críticos, como el P. García Villada y Monseñor Duchesne (pág. 126), y en rápida cabalgada trae a cuento a los Dioscuros, que supone, con poco fundamento en verdad, una creencia popular hispánica que sirvió de base a la fe en Santiago Matamoros. También discute el problema de Santiago como «doble» del Señor, y aduce una serie de tes-

timonios que rematan en la interpretación de Santiago como «anti-Mahoma», como profeta de la guerra santa. Dejamos a los especialistas en historia religiosa y a los medievalistas la crítica de este capítulo, donde encontrarán más de un punto débil. Que en este asunto se hubieran «borrado los confines entre la realidad razonada y la del ensueño, entre lo humano y lo divino» (pág. 133), es, en todo caso (aunque habría que discutir qué es lo razonado y qué lo soñado), una nota general en la Edad Media y, en modo alguno, privativa de España. Por nuestra parte, menos inclinados a lo maravilloso que aquí Castro, estamos convencidos de que el impulso de la Reconquista fué más fuerte desde el noroeste de la Península que desde el Pirineo, precisamente porque cántabros, astures y galaicos pertenecían a las estirpes indoeuropeizadas de España menos desgastadas por la civilización romana. No se sabe por qué afinidades electivas los godos, vencidos, acudieron a ese noroeste profundamente indoeuropeizado para no someterse a los musulmanes.

La historia de la penetración europea en la Península está narrada por Castro con un gran sentido nacionalista. «A Portugal lo hacen independiente», se titula significativamente una de las secciones de este capítulo, en el que, en general, se señala la fatalidad que se impuso sobre los reyes de León para que buscaran el trato con Europa, con todas sus consecuencias.

El capítulo V recoge una doctrina ya conocida, pero que dentro del libro tiene su pleno alcance. Un poco a tópico suena el tema de la «tolerancia» musulmana. Todas las religiones tienen su tolerancia y su intolerancia, y no ha sido ésta, por ejemplo, exclusiva del catolicismo. Lo mismo que existe la inquisición y el catolicismo yanqui, existe la condena político-religiosa de Sócrates en el mundo antiguo, al lado de una ausencia total de dogmatismo. Desconocer esta doble posibilidad de las religiones le lleva a Castro a sostener tesis que nos atreveremos a llamar oportunistas, tan ahistóricas como ciertos ambientes de opinión actuales: «entre las leyes feroces del Fuero Juzgo contra los judíos —dice, pág. 211— y las muy dulces de Alfonso el Sabio median quinientos años de Islam». La cosa no es tan sencilla. Por una parte, el pro-

pio padre de Alfonso, San Fernando, parece que no fué nada dulce aplicando las leyes del Fuero Juzgo a judíos y herejes; por, otra, esos quinientos años que se podían imaginar de creciente tolerancia islámica presenciaron, si no recordamos mal, la liquidación total del mozarabismo andaluz.

Más originalidad tienen los capítulos siguientes: «Literatura y forma de vida» y «Pensamiento y sensibilidad religiosa». Castro consigue aclarar muchas particularidades del *Cantar del Mío Cid*; del *Libre de Amich e Amat*, de Lulio; de las *Cantigas* del Rey Sabio, de Berceo; del Rabí Sem Tob, precisamente considerándolos a la luz de la convivencia hispano-islámica. Algunas de esas notas descubiertas por Castro quedarán incorporadas para siempre a la historia de nuestra literatura. De la misma manera, es cosa lograda el análisis del *Libro de Buen Amor*, a base de situarlo en el mundo de la literatura islámica.

El capítulo sobre los judíos se basa en una documentación parcial, aunque abundante, y ciertamente nos parece que el resultado en consecuencias es un tanto exagerado. Muy grande es la importancia de los judíos en nuestra Edad Media, pero no es en este punto tan grande la diferencia con otros países de Europa. En ventaja de los judíos rebaja Castro desmedidamente la personalidad de Alfonso el Sabio y la de sus otros colaboradores, árabes y cristianos. Si es verdad que la traducción a la lengua vulgar de la Biblia o las Tablas Astronómicas es extraña en Occidente (pero en el siglo XIII el vulgarismo fué una corriente muy intensa: recordemos a Brunetto Latini o a Dante), el libro de las *Partidas*, con su sentido romano del derecho y su significado estrictamente paralelo a corrientes de la época, no se puede explicar fuera de la obra general del Rey Sabio ni, en modo alguno, como una empresa judía.

Por no pararse a considerar hechos así, este capítulo de los judíos es más bien una colección de anécdotas *ad probandum* que un estudio hecho con crítica histórica rigurosa. No tenemos autoridad para hacer una apreciación objetiva y científica, pero no podemos menos de hacer estas observaciones. No se puede decir que fué debida a los judíos la debilidad del feudalismo peninsular (pág. 596). Que la preocupación por la lim-

pieza de sangre y que el espíritu inquisitorial provinieran exclusivamente del fenómeno social de los conversos y de su influencia en la Iglesia y el Estado españoles, es también discutible, pues parecen fenómenos complejos. Es verdad que el espíritu racista ha surgido muchas veces en lucha con los racistas por excelencia, los judíos, pero la cuestión en la España de 1500 no es tan sencilla como para explicarla por una causa sola.

Del mismo modo, para Castro el pesimismo en nuestra literatura sería una consecuencia del influjo judío. A veces este influjo es verdad, y con razón han existido ya defensores del sustancial judaísmo de la *Celestina*, pero los cambios de modo de ver no se explican siempre por la raza. Sabido es que en el siglo XIV y XV la vieja literatura aristocrática, optimista y religiosa, es sustituida por un espíritu burgués, crítico y en sustancia pesimista. Y lo mismo que en la literatura nuestra ocurre, creemos, en muchos monumentos franceses, por ejemplo, aunque no tengan ni sombra de judíos sus autores.

La síntesis que Castro traza como capítulo final es atractiva y brillante, en algunos puntos reveladora de secretos de nuestra historia, pero peca de cargar siempre el acento sobre los mismos supuestos previos asentados. Castro teoriza sobre la esencia de España, y obedece así a ese afán de introspección nacional y de autoanálisis que caracteriza nuestra historia reciente y, según descubre Castro mismo, ya nuestro pasado desde tiempos bien lejanos. Pero tales síntesis pecan y pecarán siempre de parciales, y es el ingenio, en el caso de Américo Castro, bien brillante y agudo, el que dispone conforme a un plan previo un material escogido.

No quisiéramos que en estas palabras se viera la expresión de ningún juicio desfavorable, ni nos atreveríamos a preferir en este caso un trabajo de fría erudición a cambio del denso, brillante y bien escrito libro que del profesor Castro reseñamos, el cual nos hace pensar y tomar posición personal en cada página. Algunas veces habría que disentir francamente. Por ejemplo: cuando llama (pág. 314, n.) los «mejores españoles» a los krausistas. O cuando contesta al prejuicio antisemita con una posición también afectada por prejuicios. O cuando, en definitiva, se sitúa en sus consideraciones un poco por fuera y

viendo la cultura española como cosa totalmente del pasado.

Pero no nos pondremos a regatear los méritos de un libro especialmente estimable en esta época, al inclinarse más hacia el esfuerzo por la comprensión que al de apilar papeletas y constituir una crítica con el ejemplo contra lo que Castro llama «el desequilibrio del tiempo actual entre lo que *sabemos* y lo que *entendemos*» (pág. 25).

ANTONIO TOVAR

CRONICAS

